

¿Qué es nación? (2)

Domingo, 08 de diciembre de 2013 | Diario *La República*

Por: Martín Tanaka

Hace tres semanas comenté sobre el último libro de Hugo Neira, ¿Qué es nación? Quería seguir con el tema, pero temas de la “coyuntura” se interpusieron. El libro de Neira es muy bienvenido porque, me parece, solemos manejar nociones muy desencaminadas de la idea de nación y de la identidad nacional peruana, que debemos poner en discusión, y para esto el libro ofrece herramientas útiles.

Hay una manera de pensar el Perú que podríamos llamar “primordialista”: existiría algo así como lo “verdaderamente peruano”, anclado en una raíz andina prehispánica, en donde lo “foráneo” o “extranjero” tiende a verse con desconfianza y como una pérdida de “autenticidad”. No seríamos una nación porque estaríamos “sojuzgados” por elementos “extraños” (blancos, criollos, occidentales). Casi está demás decir que estas visiones esencialistas son la base de los nacionalismos más nefastos, que han generado guerras, autoritarismos, “limpiezas étnicas”. El “etnocacerismo” sería nuestra versión local de esto.

Otras visiones comunes, si bien se alejan de definiciones primordialistas también comparten ideas de nación basadas en alguna forma de homogeneidad: para ser nación no tendría que haber desigualdad, deberíamos contar con valores o intereses comunes, y dada la fragmentación y desigualdad del país, no seríamos “todavía” una nación. Al respecto es pertinente la discusión que plantea Neira en su “rescate” del austríaco Otto Bauer, sobre la influencia del marxismo convencional en cierto menosprecio del tema nacional, para privilegiar consideraciones clasistas o socioeconómicas.

Hace bien Neira en cuestionar estas ideas, y llamar la atención, siguiendo a Gellner, Hobsbawm y otros, que las naciones son en realidad construcciones modernas, en donde la voluntad política de las elites, los liderazgos, resultan fundamentales; así, los nacionalismos crean a las naciones, no al revés. También al apuntar que las naciones no tienen por qué ser homogéneas: pensar en el caso de la India, con su diversidad de idiomas, religiones y castas; y que es posible conciliar lo más “tradicional” con lo más “moderno”, como ocurrió en Japón. Para todo esto, es clave el papel que juega la

escuela pública: tanto para generar igualdad de oportunidades, como para proponer una narrativa incluyente y veraz históricamente de lo que somos como nación.

Si los nacionalismos construyen la nación, ¿a qué tipo de nación deberíamos aspirar? A estas alturas, parece claro que cualquier definición debería aspirar a ser democrática, pluralista, incluyente, en donde nuestra diversidad sea vista con justicia como uno de nuestros más valiosos activos, en donde lo tradicional se articule con lo moderno, y lo nacional con lo global. Como dijera José María Arguedas, “no por gusto (...) se formaron aquí Pachacámac y Pachacútec, Huamán Poma, Cieza y el Inca Garcilaso, Túpac Amaru y Vallejo, Mariátegui y Eguren, la fiesta de Qoyllur Riti y la del Señor de los Milagros; los yungas de la costa y de la sierra...”.

EL OJO DE MORDOR

LA MALA EDUCACIÓN



UNO: "¿Alguien pondría en duda la integridad e independencia del congresista Lay?" se pregunta el legislador figurante Pedro Spadaro como si el pastor flamenco Lay fuese intrínsecamente bueno, o tuviese un par de alas pegadas a los omóplatos. Lo dice a propósito del papel que jugó el evangelico en la Comisión de Ética que preside y que, gracias a su voto dirimente, decidió archivar la denuncia contra los parlamentarios Julio Gárgüez y Karol Fujimori. Posee a la constancia de los videos grabados que exhibían la prepotencia y patronía de este dios, Lay y su Comisión concluyeron que no cometieron falta alguna. Si hubo nada irregular. Y que eso de que Fujimori usara el teléfono de la prisión para dar entrevistas a los medios era, ya sabes, algo normal. Lo previsible, digamos. Porque de este Congreso ya nadie espera nada. Nada bueno, se entiende. Aunque nunca deja de incomodar que, en nombre de la ética, se justifique el escándalo de la vulgaridad.

DOS: Que Omar Chehade proponga el sistema bicameral en el momento que se detapa el caso López Meseses y cuando el Poder Legislativo gana de la más amplia antigay nacional es una provocación y un patachazo a la iniciativa de la bicameralidad. La sola intencionalidad de replicar "robacalles", "compañeros", "matapapas" y "lapiceros" como si fueran dioses, haciendo crecer la burocracia parlamentaria y endosándose el costo a nosotros, los contribuyentes, es un despropósito. Por decirlo de alguna manera civilizada, ¿dijo. Porque a ver. La bicameralidad no es que sea mala, pero el año no va acompañado de una reforma política integral, que considere la eliminación



del voto preferencial, la incorporación del voto facultativo, o la renovación por tercios, por mencionar algo, no servirá de nada. No solo eso, sino que proyectos lanzados al tantín, como el de Chehade, lo único que van a hacer es consolidar la idea de que la política y los destinos del Perú están configurados por pasitos y chapuzas.

TRES: Los rankings no nos quieren. En la evaluación PISA, Program for International Student

Assessment somos los últimos de la fila. Y en el de Transparencia Internacional, que es sobre corrupción, estamos en el puesto 83, entre 177 países. No somos como Venezuela, pero tampoco somos Uruguay. Impero, a este paso, que no nos sorprenda que, en próximas elecciones, comencemos a acercarnos a países como Paraguay o Haití. Porque nuestra corrupción es crónica, e incluso endémica. Y si me apuran, ya hay instituciones donde han resistido. En consecuencia, la

cosa es ser. Y ojo, esto último no es una frasecita cualquiera. Es la que antecede a: "No renuncias al nación". Hagamos algo, o sea.

CUATRO: No entiendo. Si el Perú se autodefine como un Estado laico, ¿cómo se explica que se le regale, vía el ministerio de justicia, la friolera de dos millones sesenta mil soles a la Iglesia católica? Por qué tanta generosidad con un culto en particular? ¿Cómo toleramos estos privilegios eclesiales? Un creyente acorralado, estrabado por este absurdo destituido en el Presupuesto de la República, me decía: "Si yo soy evangélico, ¿por qué tengo que pagarle con mis impuestos a una religión que no es la mía?". Y tiene razón. A mí tampoco me han preguntado si deseo que mis contribuciones al fisco sea destinadas a la organización que encabeza Juan Luis Cipriani. Dicho, para algunas cosas goza de exoneraciones y beneficios tributarios. Facínalo eso. Y nadie protesta. Nadie dice nada. Solo se escuchan balidos cadavericos.

CINCO: Se lo dijo un oyente a Rosa María Pulaski: "El viceministro del Interior, Iván Vega, fue llamado con fuerza del cargo para regresar con más fuerza, como viceministro de Defensa. Es un político humeral". Y es, la verdad, nunca había visto tal paralelismo para la parlamentación de un viceministro. Y menos para la de alguien que había salido por las patas de los caballos, como consecuencia del escándalo López Meseses. Con la misma lógica, no sería extraño que Adrián Villafuerte también regresara al gobierno... y como director de contrainteligencia de la DINCOTE, como ha advertido Fernando Rospihlis. Porque si hay una característica saliente en este gobierno, además de su mediocridad, es su comportamiento desfachato, procar y divergente. De un desearlo infinito e insostenible tipo.

VIRTÚ E FORTUNA

¿QUÉ ES NACIÓN? (2)



Hace tres semanas comencé sobre el último libro de Hugo Weira, ¿Qué es nación? Quería jugar con el tema, pero temas de la "reapertura" se interpusieron. El libro de Weira es muy bueno porque, me parece, sabemos manejar nosotros muy desencantados de la idea de nación y de la identidad nacional peruana, que debemos poner en discusión, y para eso el libro ofrece herramientas útiles.

Hay una manera de pensar el Perú que podríamos llamar "primordialista": ¿está ahí algo así como lo "verdaderamente peruano", anclado en una raíz andina prehistórica, en donde lo "latino" o "extranjero" tiende a verse con desconfianza y como una pérdida de "autenticidad". No seríamos una nación porque estaríamos "saqueados" por elementos "extráneos" (hispanos, chinos, o chilenos). Casi está demás decir que estas visiones esencialistas son la base de los nacionalismos más nefastos, que han generado guerras, autoritarismos, "limpezas étnicas": el "semocentrismo" sería nuestra versión local de esto. Otras visiones comunes, al fin se alejan de definiciones primordialistas también comportan ideas de nación basadas en alguna forma de homogeneidad: para ser nación se tendría que haber desigualdad, debemos contar con valores o intereses comunes, y dada la fragmentación y desigualdad del país, no seríamos "todavía" una nación. Al respecto es pertinente la discusión que plantea Weira en su "resaca" del americano Otto Bauer, sobre la influencia del marxismo convencional en cierto monoproblema del tema nacional, para privilegiar consideraciones étnicas o socioeconómicas.

Hace bien Weira en cuestionar estas ideas, y llamar la atención, siguiendo a Gellner, Hobsbawm y otros, que las naciones son en realidad construcciones modernas, en donde la voluntad política de los élites, los litigios, resultan fundamentales; así, los nacionalismos crean a las naciones, no al revés. También al apuntar que las naciones no tienen por qué ser homogéneas pensar en el caso de la India, con su diversidad de idiomas, religiones y castas; y que es posible conciliar lo más "tradicional" con lo más "moderno", como ocurrió en Japón. Para todo esto, se clave el papel que juega la escuela pública tanto para generar igualdad de oportunidades, como para proponer una narrativa inclusiva y más históricamente de lo que somos como nación.

Si los nacionalismos construyen la nación, ¿a qué tipo de nación debemos aspirar? A estas alturas, parece claro que cualquier definición debería aspirar a ser democrática, pluralista, inclusiva, en donde nuestra diversidad se viva con justicia como uno de nuestros más valiosos activos, en donde lo tradicional se articule con lo moderno, y lo nacional con lo global. Como dijo José María Arguedas, "no por gusto (...) se formaron aquí Pachacamac y Pachacuti, Huamán Poma, Cieza y el Inca Garcilaso, Túpac Amaru y Talleja, Marillac y Ugarte, la fiesta de Qoyllur Rit'i y la del Señor de los Milagros, la yungla de la costa y de la sierra...".

DESDE LAS AULAS

NATURALEZA Y POSIBILIDADES DE LA GLOBALIZACIÓN



La globalización constituye uno de los fenómenos característicos y decisivos de nuestro tiempo. Agrade el proceso de alta interdependencia entre las naciones del mundo generado y percibido en las últimas décadas del siglo XX, principalmente, en los campos de la economía, las comunicaciones y la innovación tecnológica. Geográfico y multidimensional como es, el fenómeno global asume ser reconocido principalmente por tres elementos fundamentales: el impacto de la revolución tecnológica en las comunicaciones, la unificación mundial de los procesos económicos —son estos comerciales, productivos o financieros—, y la consiguiente erosión del poder de los Estados nacionales, que ahora comparten su vieja supremacía política con una diversidad de agentes intermedios o transnacionales cada vez más poderosos.

La globalización alcanza inevitablemente a todos los países del mundo. Sabemos, sin embargo, que

aunque todos nos hallamos involucrados en este proceso mundial, no todos los pueblos son afectados ni beneficiados de la misma manera. La facultad de cada pueblo examinar sus vicisitudes con él para asegurarse de que la ineludible experiencia de la interacción global sea, efectivamente, un puente hacia una vida mejor. Se hace necesario pensar en estas redes mundiales en una perspectiva más humana y desde las experiencias regionales. Las redes globales no se tejen ni se tienden sobre un mundo homogéneo sino en una diversidad de países con muy diferentes grados de modernización. Es decir, en comunidades con muy desiguales recursos económicos y tecnológicos y, al mismo tiempo, con diferentes grados de desarrollo de sus sistemas productivos y de sus regímenes políticos institucionales.

Aí, si la globalización llega hasta las zonas más remotas del planeta, cubriendo el mundo entero con redes muchas veces anónimas e invisibles, su impacto sobre ellas es distinto, precisamente por esos desiguales grados de modernización. Y sus diferentes de impacto superan en muchos casos la simple degradación

Del mismo modo, requerimos un sistema normativo global que promueva una relación más equilibrada con el mundo natural.

de materias para convertirse en una destrucción sustancial, aquella que separa a los países que se benefician de la globalización de los países que, hecho el balance, resultan perjudicados por ella. El grado de modernización de un pueblo es un elemento crucial para considerar la posibilidad de una inserción global exitosa o, por el contrario, nociva. Este es un punto crucial para evaluar el impacto de la globalización en Latinoamérica.

Es preciso señalar que el proceso de globalización permanece incierto en tanto restringe su acción y sentido al horizonte de mundialización de las redes económicas y tecnológicas, y no ha logrado todavía afirmarse en el terreno propio de la justicia legal. Aspiramos a construir juntos una cultura de los derechos humanos, que establezca leyes e

instituciones que nos permitan proteger a todas las personas en su vida, dignidad y libertad, más allá de las diferencias étnicas, culturales, sexuales o socioeconómicas. Necesitamos implementar un sistema internacional de justicia que haga posible asignar responsabilidades entre quienes perpetran, desde posiciones de poder, delitos contra la humanidad. Del mismo modo, requerimos un sistema normativo global que promueva una relación más equilibrada con el mundo natural, y que regule un manejo responsable de los recursos naturales en beneficio de todos, particularmente de las personas que pertenecen a las zonas más vulnerables de la tierra. La promesa de una globalización efectiva del orden normativo en materia de derechos humanos y de compromiso con la naturaleza no enajena al espíritu ambientalista que late al interior del proyecto globalizador de llevar más allá de las fronteras nacionales la preocupación por el ejercicio de la libertad económica y al desarrollo de la ciencia y la tecnología.